

Santiago, 25 de Septiembre de 1976.

Señor  
Felipe Amunátegui.  
Quito.

Estimado Felipe,

Hugo me trajo tu cariñosa carta de 2 de Agosto. Perdona que no te la contestara antes. Agosto fué un mes terrible para nosotros, a raíz de lo que pasó con Jaime y las preocupaciones de su defensa. Perdida esa batalla -una más, que como muchas otras, va dejando sin embargo un saldo a nuestro favor en la conciencia de la gente capaz de pensar y sentir-, nos vimos abocados a otra que nos ha tenido en suspenso hasta estos días: las amenazas de disolución y de expulsiones que han estado como espada de Damocles sobre nuestras cabezas alrededor del último 11. Aunque no se han desvanecido, parece que estamos pasando por un pequeño respiro, que aprovecho para salir de mis compromisos atrasados. Siento que Hugo no haya podido llevarse la presente; pero no supe a tiempo de su partida.

Demás está que te diga cuánto te agradezco tu condolencia por la muerte de mi padre -hecho inevitable y esperado, pero de todos modos muy doloroso para nosotros-, como también tus palabras -tan fraternales- sobre nuestras pasadas diferencias. Créeme que me conmovieron y que las recibo con la misma humildad con que tú me las escribiste. ¿Quién está libre de equivocarse, o de actuar más movido por sentimientos o emociones que por la fría razón? La rebeldía y desesperación ante circunstancias tan adversas y monstruosas, la fuerza de ideales de toda la vida -hoy escarnecidos-, pretéñían el juicio e inducen a acciones no siempre justas ni oportunas. Pero es bueno comprobar -como me ocurrió con Bernardo, en Roma, hace un año, antes del atentado, y en Milán, en mayo último- y como me ocurre ahora contigo, que por sobre diferencias circunstanciales y subalternas, sigue viva una comunidad profunda nacida de la misma fé, de las mismas concepciones fundamentales, de los mismos valores.

No puedo ocultarte que nada me perturba y apenas más que las incomprendiones y dificultades internas. Cuando tenemos que aunar fuerzas para ser eficaces en nuestra lucha común, me parece un crimen perder energías en arreglar malentendidos o malquegencias en la casa. Cuando uno piensa en la absurda pelea a que su rivalidad condujo a O'Higgins y Carrera, no puede dejar de meditar en el desastre de Rancagua que talvez pudo ser evitado.

De mil amores quisiera estar libre de la responsabilidad que la Providencia puso sobre mis espaldas, la que está consumiendo mi vida. Pero mi conciencia me dice que no debo rehuirla, porque al hacerlo podría contribuir a una mayor dispersión de nuestra gente y de nuestros esfuerzos.

Por lo demás, donde quiera que viva y en lo que quiera que esté, la espina de la tragedia de Chile seguirá clavándose el alma y determinando mi quehacer.

¿Cómo hacer nuestra tarea? ¿Cómo ser eficaces en el empeño de que Chile recobre su racionalidad histórica? ¿Cómo empujar a los chilenos hacia una convivencia pacífica y humana, basada en la justicia y en la libertad? Dios quiera iluminarnos y ayudarnos. Los que están afuera, tú entre ellos, pueden aportarnos una colaboración valiosísima comunicándonos sus reflexiones, ayudándonos a pensar.

Saluda afectuosamente a todos los tuyos y recibe un cordial abrazo de tu amigo y camarada